Historia del conde de las Maravillas

Madrid

[1893?]

Title : Historia del conde de las Maravillas : verdadera y entretenida novela para pasar los ratos ociosos y las calurosas horas de la siesta, ó las veladas del invierno.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.



(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DEL

CONDE DE LAS MARAVILLAS.

Verdadera y entretenida novela para pasar los ratos ociosos y las calurosas horas de la siesta, ó las veladas del invierno.

MADRID.,
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD

HISTORIA
DEL
Conde de las Maravillas.



INTRODUCCION.

Una mañana del mes de abril salia de Madrid un coche con direccion á Sevilla, en el cual iban seis personas, de las que nos ocuparemos con alguna detencion, porque una de ellas es el protagonista de esta historia.

Así, pues, daremos una esplicacion de estos viajeros del modo siguiente:

Primeramente: una dama como de unos cuarenta y cinco años de edad, de buen talante todavía, viuda de un coronel, que con una hija suya iba á Sevilla, donde se hallaba el resto de la familia. Estre las dos señoras ocupaban los asientos traseros de preferencia. Entre las dos se hallaba sentado un hombre como de cincuenta y tantos años, vestido de paño tosco, pero con bastante aseo y limpieza. Era un rico propietario de Carmona que caminaba á su tierra despues de haber evacuado en la corte algunas diligencias de un pleito que tenia. Era de suyo sencillote y natural, y sobre todo buen compañero de viaje. Frente á estas tres personas estaban: un caballerito jóven al parecer abogado, un señor de alguna edad, y que iba á Cadiz para embarcarse con destino á Canarias, donde el gobierno le habia conferido una plaza de oidor, y otro caballero anciano ya, pero fresco y de un humor tan placentero, que con sus dichos y agudezas hacia reir á todos los de la compañía.

Hacia rato que todo el gasto de la conversacion iba por su cuenta, dándola de mil anécdotas y chascarrillos graciosos, que entretenian á los viajantes.

Este personaje era nada menos que el célebre conde de las Maravillas, del cual pasaremos á referir la historia á medida que vayamos adelantado en el camino de Andalucía, pues el susodicho se lo ofreció á sus compañeros de coche, tan pronto como empezaron á hacerse todos amigos, lo cual sucede comunmente en semejantes ocasiones. Esta historia la iremos dividiendo en paradas para mejor comprension de los lectores, que creemos nos agradecerán un trabajo que ha de darles gusto y solaz, porque las aventuras del Conde de las Maravillas son las mas originales que hasta el dia se han conocido.

Entretanto llegó el coche á Ocaña, y allí se sentaron todos los pasajeros á la mesa, en la que se les sirvió una abundante y sabrosa comida cual no se acostumbraba en aquella época. En ella, los hombres bebieron largo y brindaron por el buen viaje de todos los pasajeros.



Parada de Ocaña á Puerto-Lapiche.

Despues que los viajeros volvieron á emprender su marcha con el coche, las personas que iban en él rogaron al Conde de las Maravillas que sino tenia inconveniente, ya que tanto les habia divertido en la mesa, y con objeto de entretener el tiempo, les contase su historia, conforme les habia ofrecido, que sin duda estaria llena de lances muy divertidos.

No se hizo de rogar el complaciente Conde, y la empezó en estos términos: Yo, señores, soy natural de la tierra que llaman de *María Santizima*; es decir, que soy sevillano, para lo que ustedes gusten mandar. Mi nombre es el de don Fernando Fernandez del Moral, y mi distintivo y honroso título de *Conde de las Maravillas*. Mi padre pretendió en su tiempo cargarme con los manteos, pero esto no era de mi gusto, pues mi aficion era muy diversa; porque hablando en plata yo no habia nacido para eclesiástico. Tenia sí una aficion terrible á viajar y buscar aventuras como un nuevo D. Quijote, pero de diversa especie. Por lo mismo determiné satisfacer esta aficion á toda costa.

Salí un dia bien provisto de dinero sin decir nada á nadie, y habiendo tomado un caballo de los de mi padre, me largué con viento fresco por estos mundos de Dios á caza de gangas como suele decirse: al verme fuera del techo hospitalario de mi familia, libre de tener que entrar en colegio ni convento, y dueño de mi voluntad, se me ensanchó el corazon, que de puro grande no me cabia en el cuerpo. Anduve toda aquella noche, y al siguiente dia, sin parar mas que algunos ratos para que descansase el caballo, y comiese de la fresca yerba con que le brindaron los amenos campos que atravesábamos. Seguí adelante en la noche que siguió á este dia; pero mi compañero de viaje empezaba ya á flaquear, y caminábamos muy despacio

Yo me apartaba de la carretera porque temia que mi padre enviase alguno de sus criados en busca mia. Así fué que me encaminé á una estrecha vereda cubierta de matorrales, yendo á parar á un lugar pantanoso, donde se metió el caballo hasta los corvejones.



Mas de una hora seguida estuvo el animal haciendo los mayores esfuerzos para salir del espeso fango, donde se hallaba como enclavado, pero inútilmente; yo le animaba cuanto era dable, y el generoso bruto no podia salir del atolladero. En esto se me ocurrió un pensamiento que me salió á las mil maravillas. Entonces (porque de esto hace muchísimos años) llevábamos coletas, y de ella pensé valerme para salir del apuro. Todo consistia en que yo y el caballo tuviésemos un agente poderoso que nos levantase del fango. Esto podia suceder, tirando con fuerza de mi coleta. Lo hice como lo habia pensado y al impulso de mi brazo á poco tiempo yo y el animal salimos de tan apurado lance.

Despues de esto anduve una porcion de noches y dias, dejándome ver en las poblaciones que se me presentaban, únicamente lo preciso para comer un bocado y dar buenos piensos á mi cabalgadura, que bien los necesitaba. Un dia en la mitad del camino me hallé con un pobre mendigo desnudo, y como estábamos en el rigor del invierno, arrecido de frio. Compadecido de su desgracia, le arrojé mi capa de viaje, que el hombre tomó trasportado de gratitud y reconocimiento, y me pronosticó un viaje feliz, llamando sobre mi cabeza las bendiciones del cielo, que efectivamente llovieron sobre mí, haciéndome salir airoso de todas mis empresas.

Despues de andar mucho llegué una tarde á eso del escurecer al pie de unas altas montañas cubiertas de nieve que yo tomé por los montes Pirineos, como lo eran efectivamente. La oscuridad vino á sorprenderme á poco rato, y por mi desgracia, por mas que miraba á mi alrededor, por mas que escuchaba con el mejor de mis sentidos, no pude distinguir ni una casa, ni una cabaña, ni siquiera el menor susurro. Despues de haber andado por espacio de tres horas, rendido de fatiga y muerto de hambre, resolví pasar la noche en medio de la nieve. Me apeé del caballo y como no tenia yerba que poder comer, lo até á un pedazo de palo ó madero que sobresalia de la nieve como cosa de media vara. Pasé la noche como pude; y gracias á mis pocos años y á mi robustez, dormí tranquilamente. Al dia siguiente desperté, cuando ya hacia rato que el sol habia asomado por el horizonte

miré á mi alrededor, pero ¡oh sorpresa! La nieve habia desaparecido enteramente, ocupando su lugar un duro y tupido césped. Yo me encontré cerca de las tapias de un pueblecillo, como si durante mi sueño me hubiesen trasportado á aquel sitio; busqué con la vista á mi caballo, pero el animal no estaba cerca de mí como en la noche anterior. Levanté los ojos al cielo como para pedirle cuenta de semejante trasformacion, y una nueva sorpresa vino á herir mi mente. Mi caballo se encontraba atado á la cruz de un campanario ó torre de iglesia. El pobre animal pugnaba por desatarse, mas no pudo conseguirlo. Comencé á reflexionar lo estraño de aquella ocurrencia, y despues de mil congeturas vine á parar en que durante el dia la nieve habia cubierto la aldea; que el tronco donde até al pobre animal era la cruz de la cima de la torre, que yo habia tomado por un tronco seco; que durante la noche habia entrado el deshielo, yo habia bajado hasta el suelo sin sentirlo. Me levanté, registré el sitio, y ví que me encontraba arrimado á la pared de un cementerio.



Entonces, sin acordarme de otro espediente, tomé una de mis pistolas que llevaba en el bolsillo, y apuntando á la brida disparé y el caballo pudo desprenderse suavemente, sin recibir la menor contusion viniendo á reunirse conmigo.

Entramos en el pueblo, y nos alojamos en la posada, donde nos regalamos todo lo posible, reponiéndonos de nuestras pasadas fatigas. El aspecto del pueblo y sus cercanias, cubiertas de una triste vejetacion, en razon al riguroso clima que disfrutaba, me habian hecho formar al pronto un mal concepto de él; pero al momento se destruyó completamente mi ilusion, pues encontré unos habitantes muy afables y hospitalarios, lo que me hizo tomar la resolucion de permanecer allí algunos dias.

Era ademas esta tierra de mucha caza, y como he sido aficionado siempre á semejante diversion, salia la mayor parte de los dias á recorrer aquellos montes. Una mañana habia salido á probar una escopeta que habia comprado á un vecino; despues de haber gastado la municion en dichas pruebas, se me presentó una bandada de perdices como para insultarme, pues no podia yo nada contra ellas falto de plomos; pero siguiendo aquel refran que dice *Ayúdate, que Dios te ayudará*; así que las perdices hicieron su parada cargué mi escopeta metiendo la baqueta en el cañon. Acechó la bandada, y tan luego como

se levantaron de nuevo, zas; solté el tiro, y tuve la suerte de ensartar á siete de ellas, que cayeron al suelo á cincuenta pasos de distancia, puestas como en un hermoso asador para ser asadas.



Otro dia salí á caza de patos y ánades, que los habia muy hermosos en un grande y profundo estanque que estaba cercano al pueblo. Cuando salí de la casa que habitaba desde donde se veia el estanque, por lo cual habia visto reunidas muchas de dichas aves, la precipitacion con que yo iba me hizo rodar la escalera y darme un terrible golpe en el ojo contra una esquina, viendo estrellas en mitad del dia. Esta ocurrencia llamó muy poco la atencion para que me impidiese tirar á las aves acuáticas. Pero ¡oh desgracia! con el porrazo se me habia saltado la piedra de pié de gato, y no podia hacer fuego. ¿Qué hacer, pues, en tan duro trance? No tenia un momento que perder; los patos y ánades iban á tomar soleta si me descuidaba; afortunadamente me vino á la memoria que, pocos momentos antes, el golpe que me habia dado en la escalera habia producido chispas, y como mi presencia de ánimo ha sido siempre mucha, tomé incontinente mi partido; abrí la cazoleta, recogí la pólvora, y tirándome un serio puñetazo en el ojo, alumbré la escopeta, partió el tiro, y cinco pares de patos cayeron con gran contento mio en el agua á poca distancia de donde me hallaba...

Grandes eran los deseos que de reirse tenian los que escuchaban tan peregrina historia, y las patrañas que ensartaba el señor conde, pero conteníales el respeto, y aunque se miraban á hurtadillas unos á otros, no se atrevieron á abrir la boca para poner en duda sus aventuras

Iba á continuar el conde su narracion, pero habiendo llegado á Puerto Lapiche, se mudaron los tiros de mulas y cenaron los viajeros, dando con ello un breve descanso al narrador, y tiempo al auditorio para prepararse á oir nuevas hazañas.

Parada de Puerto-Lapiche á Valdepeñas.

Tan pronto como las mulas partieron, el señor conde siguió su narracion en estos términos. Otra vez en este mismo estanque quise cazar los ánades de una manera mas divertida. Sabido es que dichos animales digieren con mucha facilidad el alimento que toman, y que á los pocos momentos lo arrojan sin causarles el menor embarazo. En vista de esto até un buen pedazo de tocino al estremo de una cuerda delgadita, pero de consistencia, y lo arrojé todo junto al estanque. A poco vino un ánade, y tragó aquella especie de anzuelo; á breve rato ya estaba el pedazo de tocino sobrenadando en el agua del estanque, y el ánade atravesado con la cuerda desde el pico al orificio. Vino otro ánade hizo lo mismo; y así sucesivamente los demás, hasta una veintena de dichos animales. Cuando ví llena mi sarta de cuerda, tiré hácia la orilla un estremo de ella, y todos los patos vinieron á mi poder graznando y aleteando que daba contento el verlos...

Las personas que escuchaban tan peregrina historia del señor conde no dejaban de hacerse interiormente cruces al ver la desfachatez con que la ensartaba; pero prudentes y contenidos, debieron hacerse cargo de que no existe en el mundo cazador alguno que no mienta por los codos; que tampoco faltan otras personas que nos hagan ver lo blanco negro, como por ejemplo, algunos militares al referirnos sus campañas: marinos al tratar de sus viajes; caleseros al hablar de sus caminos y posadas; y en fin, toda clase de personas, cuando quieren entretener el tiempo contando paparruchas. Por todo lo cual le rogamos quisiese continuar su divertida narracion.

El conde lo hizo así Mil otros lances podria contar, señores, que me sucedieron en la caza; pero como en todos los paises donde he estado he disfrutado de tan noble diversion, lo aguardaré para tiempo mas oportuno, y á medida que vaya dando de ella cuenta. Por de pronto me concretaré á referir dos sucesos notables que no deben pasar desapercibidos. El primero fué que yendo un dia por el bosque tras de mi diversion favorita, ví pasar un enorme jabalí que seguia paso á paso, y como quien dice, las mismas pisadas de otro jabalí novato, que sin duda era hijo suyo. A la vista de caza de tanto bulto, monté mi escopeta y descerrajando el plomo, con asombro mio, ví que el jabalí jóven echaba á correr, mientras el mas viejo permanecia en pie

sin moverse del mismo sitio. Acerquéme con mucha precaucion y fué estremada mi sorpresa al ver que el jabalí en cuestion estaba ciego, y que le habia quedado en la boca la cola del otro que le guiaba, y que yo habia partido con mi bala, escapando en consecuencia. Arriméme muy bonitamente, agarré la cola del fugado, muy á mi placer llevé al jabalí grande hasta mi casa, sin que este se diese por sentido del cambio de lazarillo.

El otro caso de cacería que no es menos sorprendente, fué este. Yendo otro dia de rebusca, al repasar el estremo de un frondoso pinar, vi á un arrogante ciervo atravesárseme á medio tiro de bala, con lo cual encaréle al momento mi escopeta: pero reflexionando que estando solo cargada con perdigones poco daño ó ninguno podia hacerle, saqué de mi zurron un puñado de cerezas que tenia en él por haberlas cojido al atrevesar una huerta, y comiéndome muy de prisa el fruto, fuí introduciendo en mi escopeta los huesos en lugar de balas. El ciervo que no me habia visto siquiera, estaba entretenido paciendo la fresca yerba. Acabada de hacer la carga, disparé; pero el



ciervo, volviendo el hocico hácia mí como para reirse en mis barbas, dando nn brinco se metió en lo más espeso del bosque, sin que diese á entender que le hubiesen hecho el menor daño mis improvisadas balas.

Toméle bien la filiacion por si otra vez le encontraba, como en efecto sucedió á poco tiempo. Por segunda vez tuve buen cuidado de asegurar el golpe, dejándole tendido cuan largo era. Pero asómbrense ustedes, señores. El ciervo en vez de sus astas, ostentaba en la frente un hermoso cerezo cargado de esquisita fruta que comí con delicia por ser producto de mi puntería.

Esto, á la verdad, no me admiró, ni á ustedes debe admirarles; por-

que si han leido alguno de nuestros antiguos cronicones, habrán encontrado la historia de San Huberto, patron de los cazadóres y de los arqueros, que se le presentó en un bosque de las Ardenas un perro de gran magnitud, con la cruz santa en la frente, y aun quizás le habrán visto á sus pies en los altares, ó en los escudos de armas de algun caballero de la edad media. Nadie de los presentes pudo negar este hecho, y el conde de las Maravillas quedó airoso, como quedan muchos en su caso.

Pocos dias despues de este suceso, viendo que el vulgo comenzaba á ensañarse conmigo, haciendo correr la voz de que yo usaba de sortilegios en mis cosas, traté de dejar el pueblo, donde tan buenos ratos habia pasado. Tomé, pues, una mañana mi caballo, que se hallaba enteramente restablecido de las pasadas fatigas; y provisto de un criado, me interné por lo fragoso de aquellas sierras, en busca de nuevo pasto para mi ardiente imaginacion. Pocas leguas de camino habíamos andado, cuando se nos ofreció un motivo suficiente por sí solo para aterrarnos. Vimos en mitad del camino, y con direccion hácia nosotros, un enorme perro, con todas las señales de la hidrofobia: la lengua amoratada y espumante, le colgaba de la boca más de media cuarta; partia en línea horizontal con la cola entre piernas, y con el cuerpo ladeado hacia un costado, señales infalibles del mal de rabia que adolecia. Por de pronto pensamos escapar, pero el animal se arrojó sobre nosotros, no quedando yo más tiempo que el suficiente para arrojarle mi capa, en la que se cebó á satisfaccion llenándola de agujeros y dentelladas, desfogando en ella todo su coraje. Pasado el peligro, y cuando el perro habia tomado tole, mi criado recogió la capa, y pocas horas despues llegamos á una villa bastante populosa, donde pensé pasar algunos dias muy contento en haber escapado de tan inminente peligro.

Nueve solamente, habian trascurrido desde que nos hallábamos en él, cuando una mañana mi criado Juan entró azorado en el comedor dondo yo me hallaba tomando el chocolate.—Qué sucede, muchacho? le dije al verle de aquella manera. ¡Ay, señor, que no sabe usted lo que pasa. Qué pasa, hombre, qué pasa? Que su capa de usted, la capa que mordió el perro, ha cogido el mal de rabia, y está mordiendo todos los vestidos de su guardaropa de usted.—Qué dices, hombre?—Lo que usted oye, ni más ni menos. Me constituí al momento al lugar de la catastrofe, y ví con el mayor asombro que mi capa saltaba como un demonio cuando le han exorcisado, sobre los vestidos mordiéndoles á destajo, lo mismo que hubiera hecho con nosotros el perro de que he hablado, si hubiésemos sido menos cautos. Levitas, casacas, chalecos, calzones, sobre todos, nada en suma, escapó de su indómito furor. En el momento en que entré en el aposento, se habia cebado en una hermosa casaca bordada de seda y oro que habia sido de mi hermano, y que yo guardaba para las ocasiones solemnes.

Tomé al momento mi espada y Juan su carabina; pero ni con esto nos fué dado hacer entrar en razon á la endemoniada capa; antes

al contrario, á nuestros amagos acrecentó su furor. En pocas horas me quedé solo con la ropa que tenia puesta. Viéndome en este conflicto, tuve que enviar por ropa para mi uso, pues en el pueblo si bien habia sastres que pudieran hacérmela, yo era muy delicado en esto de trajes y no queria fiarme de aquellos palurdos para asuntos de esta naturaleza. Como yo era jóven queria vestir á la última moda y con toda la elegancia posible; y para esto era necesario enviar á Paris, y dicha ciudad distaba mas de cien leguas del paraje en que me hallaba. Entonces no se estilaban diligencias, ni vapores, ni caminos de hierro; para que pudiese tener lo que deseaba en poco tiempo, y para obtenerlo por los medios ordinarios, era preciso pasar casi un mes. Afortunadamente consulté el caso con mi huésped, quien me sacó del apuro y me puso muy contento cuando me dijo que en el pueblo habia un sugeto tan andarin, que en pocas horas de marcha podia traerme de la capital de Francia todo lo que pudiese hacerme falta. Efectivamente, llamóse á dicho sugeto, y ajustados en lo que me habia de llevar, le dí una lista y dineros para que fuese á comprarme lo que me convenia.

Un jueves por la mañana a eso de las ocho, partió del pueblo para Paris, no habiéndolo querido hacer antes por temor, segun dijo, de no hallar abiertos todavía los almacenes y roperías. Este hombre singular era de elevada estatura, de modo que no dudo llegase á nueve pies y algunas pulgadas. Sus piernas eran delgadas pero desmesuradamente largas, y llevaba en cada tobillo un enorme peso de plomo como de unas seis ó siete arrobas. Esto, porque sin este requisito seria tanto su andar, que no le fuera posible evacuar los asuntos que se le entregaban, pues tenia la fatalidad sobre sí de poderse detener pocas veces, mas que cuando le rendia el sueño. En el momento de partir acababa de llegar de Calcuta y de Canton, donde habia llevado unos encargos; al primer punto fué conductor de una carta para la compañía inglesa de las Indias Orientales; y al segundo de unas botellas de vino de Champagne para el emperador de la China, que gustaba mucho de dicho licor.

Partió, como he dicho, un jueves á las ocho de la mañana en busca de mi equipaje, y á las diez en punto estuvo de vuelta, trayéndome cuanto le habia pedido; es decir, en dos horas hizo un viaje de doscientas leguas, y esto sin contar el tiempo que le fué preciso detenerse para hacer sus compras.

Quedé tan prendado de la rara habilidad de Laplace, (que este era su nombre) que lo tomé á mi servicio, desempeñando en lo sucesivo mil honrosas comisiones, que evacuó siempre con igual presteza.

Tan pronto como tuve surtido mi guardaropa, emprendí mi marcha para Paris, donde se llenó la medida á mi gusto, por las muchas aventuras que me sucedieron allí. Pero, señores, veo ya las casas del pueblo donde vamos á hacer parada, y por consiguiente dejo para despues la continuacion de mi historia.

Parada de Valdepeñas á la Carolina.

Tan pronto como los viajantes subieron de nuevo al coche, el conde prosiguió en estos términos. Llegué, como he dicho, á la cultacapital de Francia, y allí adquirí magníficas relaciones con la gente del gran tono, con todos los elegantes de aquella época, y con muchas damas de distincion. Me divertia en grande, concurriendo á los bailes, tertulias y comidas de mas nota; visitaba las fondas de mas fama, los cafés más lujosos; frecuentaba los teatros y todas las diversionss posibles. Ustedes, señores, pensarán que para todo esto se necesitaba mucho dinero: y es la pura verdad; pero yo no me apuraba por semejante friolera. Es cierto que saqué de mi casa treinta ó cuarenta mil reales, pero estos qué valen cuando uno está acostumbrado á gastar mucho? Cuando llegué á París me quedaban ya muy pocos cuartos, y era preciso que me proveyese del numerario suficiente para presentarme con esplendor, con fausto, como un verdadero caballero español. Para esto era preciso hallar un espediente, y lo hallé; porque mi imaginacion ha sido siempre muy viva, y la fortuna me ha favorecido en todas ocasiones. Yo sabia que muchos hombres, y entre ellos algunos reyes y grandes personajes de todos tiempos, habian querido hacer oro con la alquimia; pero sabia asimismo que si alguno habia conseguido hacer un grano de oro habia sido á acosta de inmensos capitales, y gastando mucho tiempo y mucha paciencia, quemándose las cejas sobre los hornillos y crisoles. Esto no me convenia de ninguna manera. En primer lugar porque carecia de medios suficientes para emprender tan grande obra; y en segundo, porque mi carácter voluble no era para estas cosas.

Yo habia leido durante mi permanencia en el seminario que cierto varon eminente y piadoso sabia convertir en plata pura ciertas sustancias vejetales, con lo cual salia de todos sus apuros. Pero para esto era preciso saber pronunciar las palabras necesarias, y estas palabras solamente estaban escritas en hebreo, en cierto libro que yo no tenia. Pero dí en buscarlo en todas las antiguas bibliotecas, y por fin tuve la fortuna de hallarle. Desde entonces ya poseia todo lo que me hacia falta. Tan pronto como estaba escaso de dinero, me hacia traer una buena porcion de rábanos, y cortándolos en pedazos redondos al través, muy delgaditos, cada uno de aquellos, despues de haber pronunciado las palabras misteriosas, se convertia en una moneda de un franco. Hacia muchos pedazos cada dia, y por consiguiente llegué á juntar un caudal más que suficiente para satisfacer mis caprichos y necesidades.

Pasáronse algunos dias sin que me ocurriese cosa notable, hasta que una tarde hallándome convidado á comer en casa del marqués de Belle-Lune, donde se encontraban muchas y hermosísimas damas, fué avisado el dueño de la casa de que acababan de traerle un hermo-

su caballo de la Ucrania, que tenia encargado hacia muchísimo tiempo; pero que el animal se mostraba tan rebelde y cerril, que no habia sido posible hacerle entrar en la cuadra, y que habia estropeado á mas de un palafrenero que habian tenido la humorada de quererle hacer algunas caricias y morisquetas. En vano habia intentado en su pais domarlo, pues cuantos osados é intrépidos ginetes habian querido montarle, á uno les habia costado la vida y á otros estropeamientos dolorosos, por lo que habian abandonado la empresa con notable sentimiento de su dueño, que habia ofrecido muchos premios al que consiguiese aquel á su entender prodigio. Las puertas de la casa del marqués se habian cerrado para que no se huyera. A fuerza de trabajo le encaminaron á que bebiera en una fuente que habia en el patio, donde le vino al caballo gana de bañarse, para lo cual, alzándose de manos y colgándose de su brida para sujetarle dos de los criados, salvó de un brinco el brocal del pilon, lanzándose con ellos en el agua, donde tuvieron que soltarle. El animal, conociéndose libre, salió de la fuente antes de poderlo contener, y principió á correr por aquel patio, con tantos brincos, relinchos y locuras, que demostraba cuanto, aun siendo bruto, apreciaba la libertad. Corrian por cogerle los criados, pero desgraciado del que se acercaba, porque ó le embestia á manotadas ó bocados, ó le disparaba millares de coces, de que no pocos estaban estropeados. En vista de esto, ¿cómo lo haremos, pues? dijo el marqués. Si me dais vuestro permiso, le contesté yo, me empeño en hacerle entrar en vereda. No os espongais, dijeron las señoras. Por Dios que vais á perderos. No hay peligro, repliqué. Ahora lo veremos. Todos los convidados se asomaron á las ventanas del patio donde se hallaba el animal y las damas todas sobresaltadas pensando que me iba á suceder algun percance. Era un soberbio y magnífico potro, negro como el ébano, de hermosa estampa; de largas y pobladas crines, y una preciosa cola que le llegaba hasta el suelo: sus ojos parecian dos carbunclos, y sus narices brotaban llamas á cada relincho que daba. Piafaba de contínuo, y golpeaba con las manos el pavimiento, haciendo retemblar las losas del patio; de modo que se asemejaba al mismo demonio en figura de caballo. No me asusté por esto: acerquéme con alguna precaucion, cojí un buen puñado de la crin izquierda, y de un salto me planté sobre sus espaldas. Pero allí fué Troya: el bruto empezó á dar saltos y corbetas; tan pronto se levantaba de manos, como bajaba la cabeza entre sus piernas delanteras y sacudia coces. Mas yo firme siempre como un palo. Las señoras chillaban, los hombres hacian horrorosas esclamaciones, los lacayos y palafreneros testigos de esta escena, se habian retirado á los rincones del patio. Cansado el animal de sus saltos, y viendo que llevaba encima un ginete, con el cual nada podia, comenzó á amansarse; y viéndole ya en tal disposicion, le hice dar unas cuantas vueltas por aquel recinto, que era bastante capaz. En suma, lo domé enteramente,

No contento con esto, me propuse sorprender enteramente á aquellas damas que tanto se habian asustado, y pasito á paso subí las escaleras del palacio, le entré en el salon de comer, le hice dar dos vueltas alrededor de la mesa, y aun de un salto le encaramé en ella, donde juntos hicimos una especie de evolucion pedestre. Ni un vaso, ni una botella, ni un plato se quebró; todo lo que encantó en gran manera á aquellas señoras, á los caballeros que estaban allí, y sobre todo al marqués, que en prueba de mi hazaña me regaló el caballo, que acepté gustoso, y consevé hasta que lo regalé en la guerra contra los turcos, en que estuve á las órdenes del general Munich, y cuyos hechos referiré mas adelante.



Acreditéme de escelente ginete, y de valiente al mismo tiempo. Entre las mujeres no hay como ser lo último, ó parecerlo, al menos, para captarse sus simpatías. Así fué que aquella hombrada me valió una conquista de una hermosísima dama que se encontraba allí. Yo era bien jóven entonces, tenia buena figura, pasaba por rico, vestia con elegancia, y semejantes dotes nunca son perdidos para con las hermosas.

La dama de quien hablo era una rubia de magnífica caballera; de grandes y rasgados ojos pardos, de nariz aguileña, y bien formada; blanca como la azucena, alta, esbelta y de bellísimo trato. Nos enamoramos á cual mas, y durante nuestras citas y entrevistas pasamos ratos deliciosísimos. Yo me hubiera casado con ella porque la queria estremadamente; pero su familia era muy orgullosa, y así que tuvo conocimiento de nuestro amor, opuso todos los obstáculos y contrariedades imaginables para que no pudiésemos hablarnos ni vernos

siquiera. Mas como para el amor no hay nada imposible, y yo siempre fuí travieso, busqué todos los medios para seguir la empezada correspondencia con mi amada. Ella se prestaba gustosa á burlar la vigilancia de sus cancerberos, y á pesar de todos sus cuidados nos veíamos á menudo. Todo iba á pedir de boca; pero como la dicha no puede ser siempre durable, tuvieron por último fin nuestros amores con lo que voy á referir.

Una noche estaba yo hablando con mi amada en el jardin de su casa debajo de unos tilos enormes que ostentaban en él sus frondosas ramas, habiéndome introducido, como siempre, por una puerta falsa de la que tenia yo la llave. Estábamos, como digo, hablando muy entretenidos, cuando sentí cerca de nosotros un ruido estraño, desusado. Ella tambien lo observó como yo, y me lo hizo advertir cuando mis sentidos estaban ya todos en espectacion. El ruido no me parecia producido por persona humana, sino como de animal que se arrastraba paso á paso hácia nosotros. A lo mejor y cuando yo estaba con mas cuidado, un grito penetrante, dado por la persona que me acompaña, me hizo conocer que el peligro era mayor de lo que creia al principio. Las mujeres, por lo regular, en todas ocasiones son mas sutiles que nosotros. Mi hermosa habia visto antes que yo el objeto que se acercaba, y por eso habia prorumpido en aquel desaforado grito: no le faltaba, sin embargo, razon para gritar de aquel modo. El bulto que avanzaba era nada menos que un oso corpulento, y de mirar feroz, el cual al parecer solo tenia un determinado objeto: esto es, arrojarse sobre la presa que tenia delante. La señorita se desmayó, y yo no teniendo otro remedio me arrojé sobre el animal con toda mi furia. Luchamos á brazo partido por un buen rato, y como la inteligencia puede siempre mas que la fuerza bruta, logré vencerle y atravesarle con mi espada de parte á parte. El animal dió un terrible rugido y calló redondo, con lo cual me ví libre de aquel lance. Durante la refriega, por las risotadas que oí no muy lejanas, conocí que la fiera habia sido arrojada á nosotros con toda intencion, y mas tarde supe habérsele comprado á un saboyardo, solo con el objeto explicado. La señorita seguia en su desmayo: prestéle los auxilios que pude, pero al ver que aparecian algunas luces en el jardin, me salí de prisa por la puerta falsa, pensando dar al diablo mi amorosa aventura, pero no queriendo dejar abandonada absolutamente á aquella jóven de quien habia recibido tantos halagos; al siguiente dia de este suceso fuí á verla para despedirme de ella para siempre, concurriendo á cierta casa donde solíamos tener algunas citas; pero ¡oh desgracia inaudita! El susto de la visita habia producido un fenómeno estraordinario en aquella hermosa señorita.

Fué el caso que habiéndole crecido en una sola noche la nariz de una manera estupenda, se me presentó al otro dia con una tan disforme que al vérsela me quedé aterrorizado y lleno de pavor. Yo no

sé como sucedió semejante metamórfosis; pero lo cierto es que mi querida se afeó en tal manera que daba horror el verla. Ella quiso acercarse á mi una vez, pero me dió tal encontronazo con su estupenda trompa que por poco me hubiera hecho saltar un ojo.



Renegando de los autores de la burla del oso y decidido á no cargar con aquella elefanta de nueva especie, me salí corriendo de la casa dejándola plantada, y curado yo de mis amores.

A pocos dias salí de Paris, y habiendo llegado á Calais me embarqué en un bergantin, que se hacia á la vela para Hamburgo, y al cabo de pocos dias el cañon de abordo saludó con estrépito la vista de la ciudad Anseática.

La Alemania es el país de las supersticiones, de los quentos estravagantes, de las aventuras peligrosas. Desde Hamburgo me trasladé á Francfort; pero, señores, estoy viendo desde aquí las casas de la Carolina, donde vamos á hacer alto.

A nuestra salida de este pueblo, si ustedes son gustosos continuaré mi historia.

Parada de la Carolina á Andújar.

Creo que estábamos en Francfort, continuó diciendo el conde, al llegar á esta parada. Ah, sí, es cierto; en Francfort, ciudad libre de Alemania, como lo son Brema, Hamburgo, Lubeck y otras tres ciudades, por tener representacion en lo que llaman la Dieta, y hacen parte de la Confederacion Germánica. Llegué bastante fatigado del viaje y pensé descansar unos dias antes de emprender nada en aquel país.

Desde mi salida de la casa paterna ninguna noticia habia tenido de mi familia, que sin duda debia creerme muerto; y como yo deseaba saber algo de mi padre, me acordé de mi andarin Laplace, que como Vds. no ignoran, habia entrado á mi servicio desde que habia estado en Paris en busca de mi equipaje. El pobre hombre se desesperaba de estar tanto tiempo en inaccion, y deseaba hacer una caminata aunque fuese de pocos momentos. Por lo tanto pensé enviarle con una carta á mi familia, la que escribí inmediatamente. En Alemania no se encontraba rábanos como en Francia, y por lo tanto no tenia tanta facilidad de fabricar monedas de un franco como en Paris; y viendo que mi tesoro iba de baja, pensé asimismo pedir á mi padre cierta cantidad que me hacia suma falta. Laplace se puso en marcha para Sevilla una mañana á cosa de las diez, y segun mis cálculos debia estar de vuelta antes de las dos de la tarde; pero mi hombre no parecia y ya eran las dos y media ó las tres menos cuarto, y semejante tardanza que en aquel hombre equivalia á dias enteros de un viajante comun, me tenia en extremo desazonado. Yo vivia en una fonda de las mejores de la ciudad, en la cual habia alojadas otras personas de distincion, entre ellas un lord inglés de carácter muy escéntrico; pero que sin embargo se habia hecho muy amigo mio. Viéndome el hombre tan inquieto, me preguntó qué tenia; y habiéndole dado cuenta de mis cuitas, al paso que se estrañó en gran manera de lo que yo le decia, me ofreció para salir del cuidado en que yo estaba, un anteojo, con el cual se divisaba hasta lo más mínimo á distancias considerables. Acepté la oferta, y subimos ambos á la azotea de la fonda, estendiendo en seguida nuestro anteojo. Al principio nada veiamos de lo que buscábamos; pero á fuerza de pesquisas descubrimos al pie de una encina, durmiendo á pierna suelta, un hombre que yo conocí ser mi criado. La encina en cuestion estaba situada en un monte á algunas leguas de Lion de Francia, y á más de ciento cincuenta de nosotros. ¿Habrá tunante? dije yo. Cómo se ha dormido sin acordarse de mis encargos. Estuvimos un gran rato alerta para ver lo que hacia, y á poco le vimos levantar la cabeza, bostezar, esperezarse y ponerse en seguida en marcha. Eran las cuatro en punto cuando mi criado llegaba á la posada. Quedóse admirado el bueno del inglés, y me propuso que Laplace entrase á su servicio mediante una retribucion que me ofreció de dos mil guineas, que vienen á ser unos doscientos mil reales. Acepté la proposicion, y mi criado pasó desde aquel momento al servicio del inglés, con un sueldo exhorbitante. Esto fué causa que estrechásemos más nuestra amistad, y que yo adquiriese buenas relaciones por su medio. Con los diez mil duros del inglés y una buena pacotilla que en letras me habia remitido mi padre, era yo el hombre más feliz del mundo.

El inglés me hizo conocer á todos sus amigos, y todos á porfía me obsequiaban convidándome á sus escursiones de caza, á sus castillos, y á todas sus francachelas. Una vez fuimos á pasar cuatro ó cinco dias á un castillo que tenia todas las apariencias de una fortaleza de los tiem-

pos feudales. Fosos, contrafosos, puente levadizo, barbacanas, almenas, nada faltaba en él como en los tiempos antiguos. Este castillo estaba situado en mitad de un magnífico bosque de corpulentos árboles. Todos los dias íbamos á él de caza, pero á pesar de existir en el mismo muchos osos, nunca tuvimos la suerte de poder atrapar ninguno. El dueño del castillo tenia muchos deseos de haber á manos uno negro de enorme tamaño que habíamos visto dias antes. Con su piel, decia yo, podríamos hacer una escelente montura para nuestro caballo de la Ucrania. Entonces me acordé de un expediente muy sencillo y lo puse inmediatamente en práctica para que el animal viniese á mis manos. Los osos son muy aficionados á la miel, y á trueque de satisfacer su golosina no reparan en nada. Yo que sabia esto, pedí á un labrador del castillo un carreton que le servia para trasladar sus enseres de labranza: este carreton tenia para tirar de él una lanza de mas de dos varas de larga. Unté bien de espesa miel la susodicha lanza, y dejé durante la noche el carreton expuesto en la mitad del bosque, y yo en acecho encima de un árbol. Poco más de media noche seria cuando mi oso, atraido sin duda por el olor del producto de las abejas, se me presentó delante del carreton, empezó por lamer la lanza, luego la fué engullendo poco á poco, hasta que le salió por el orificio. Entonces bajé del árbol, y prevenido como estaba de una cuña redondeada, la metí por el agujero del estremo de la lanza, la apreté con un mazo que llevaba á prevencion y la fiera quedó presa sin poder menearse. Fui corriendo á dar aviso del caso á mis camaradas, quedando todos sorprendidos de mi destreza.



Pero vamos á llegar, señores, á Andújar y despues seguiré mis aventuras.

Parada de Andújar á Córdoba.

Volvimos todos á Francfort, donde en tres dias no se habló de otra cosa que de mi estratajema para pillar el oso, que por todo el mundo fue celebrada. Cansado de mi permanencia en aquella ciudad, trataba de marcharme de ella, cuando el emperador de Austria declaró la guerra al Gran-Turco.

No podia presentárseme ocasion más favorable, pues yo tenia deseos de hacer algunas campañas, mientras no fuese servir contra mi patria. Alistéme de voluntario en un escuadron de caballería. Abrióse la campa-

y pronto tuve ocasion de distinguirme. Fuí ascendido á subteniente, despues teniente, y por último á capitan de una compañía.

Estábamos á las órdenes del general Munich, escelente y bravo militar que hubo de dar buenas zurras á los musulmanes. Un dia se me dió órden para atacar una avanzada enemiga, que se divisaba no muy lejos de nuestro campo. Mandé á mis soldados que montasen á caballo, y emprendimos la marcha. La avanzada turca se componia de unos 100 infantes y 25 caballos. Tan pronto como nos vieron se pusieron sobre las armas. Yo era intrépido, y á pesar de que el número del enemigo era muy superior al de mis soldados, les di una carga de frente, arrollándoles en el acto y poniéndoles en fuga. Nosotros les dimos alcance, y lo que al principio fue solo una escaramuza, se convirtió despues en un choque formal. El enemigo tomó posiciones en un pueblo vecino, y nosotros seguimos haciéndoles cara. Nuestro general, que desde lejos vió el combate, envió tropas y caballos de refuerzo. Los turcos hicieron otro tanto, y se empeñó una gran batalla. Yo seguia siempre delante de mi compañía, y al frente de ella entré en el pueblo. Disemináronse por él mis soldados, y con algunos pocos seguí por otra calle donde habia mas número de enemigos. Los destrozamos completamente y abandonaron el pueblo. Mi caballo, el célebre caballo de la Ucrania que me regalaron en París, de que tengo á ustedes hablado de antemano, aparecia muy cansado, y á pesar de su natural vigor le costaba mucho seguir á los demás de mi compañía. Calculé que tendria sed, y me aproximé á una fuente que estaba al paso. Empezó el animal á beber con ansia y de tal modo, que su sed no se agotaba nunca. Mas de un cuarto de hora estuvo bebiendo y tampoco apagó la sed que le aquejaba. Estrañaba yo semejante novedad, cuando acercándose mi asistente, me dijo: ¡Ay, señor, qué desgracia! ¡Cómo! ¿qué desgracia? le repliqué yo, ¿qué ha sucedido? ¡Pues qué no ve usted cómo está el pobre caballo? ¿Pues qué tiene? Volvíme, y ví al pobre animal partido en dos pedazos. El pobre Moro estaba partido en dos; desde el medio del espinazo hácia la cola se habia quedado en el campo de batalla y solo, se conservaba en pié por sus manos, cuello, pecho y cabeza. El alfanje de un turco, en el calor de la refriega, me lo habia partido en dos mitades. Como se le quedaron las tripas en la otra parte, el animal bebia y el agua iba saliendo por la mitad del cuerpo como el caño de la misma fuente. Inmediatamente hice buscar los cuartos traseros de mi escelente caballo que fueron hallados á un cuarto de hora de distancia. Mandé que hirviesen en vino muchos ramos de laurel; y todo junto se

le aplicó al Moro con los cuartos traseros que estaban todavía con toda la frescura de su sangre. El animal al principio estaba muy abatido, pero á los pocos dias comenzó á serenarse, y á los quince estuvo completamente curado. Y lo mas raro del caso fué que los ramos de laurel echaron raices en su cuerpo, brotando de nuevo y formaron un vistoso y verde pabellon que cobijaba la silla de una manera muy pintoresca. Así debajo de aquel pabellon galano entré yo en triunfo en medio del ejército todo, el cual me atribuyó el buen éxito de aquella jornada. El general quiso recompensarme largamente, y yo viendo que gustaba de mi caballo se lo regalé, valiéndome aquella liberalidad una pension de 500 soberanos que á su ruego me asignó el monarca.

Mas hé aquí, señores, que la gótica ciudad de Córdoba se ostenta ya á nuestros ojos con todas sus bellezas. Dejemos, pues, para otro rato la continuacion de mis aventuras.

Parada de Córdoba á Ecija.

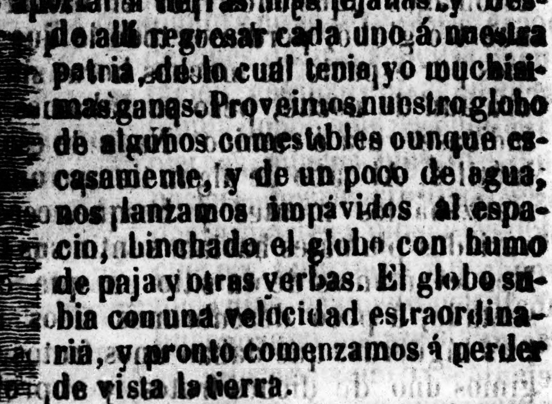
La guerra con Turquía tocaba á su término, continuó diciendo á pocas horas el conde de las Maravillas, y las tropas empezaban á tomar cuarteles de invierno, menos las ligeras que todavía sostenian algunas escaramuzas con la retaguardia del ejército turco. Nosotros habíamos ganado varias batallas, y tomado varias plazas fuertes. Tan felices auspicios fueron celebrados con un gran festin, al que concurrimos todos los jefes y oficiales del ejército. La mesa se componia de 14,350 cubiertos, y ocupaba el espacio de mas de media legua en una pradera sombreada de hermosos árboles. Tres mil criados la servian montados á caballos; cincuenta músicos militares alternaban de trecho en trecho sus tocatas. Era una comida monstruo; jamás se ha visto ni verá otra semejante.

Ademas de un número considerable, como debe suponerse, de toda clase de manjares, se destaparon mas de 45,000 botellas de vinos generosos: vino del Rhin, del Champagne, de Burdeos, de Jerez, de Málaga, de Canarias, de Oporto y de Tokai. Todos los convidados, se puede decir que estaban viendo visiones de este y del otro mundo. Yo fuí de los mas fuertes en la palestra: hé aquí el cómo. En una de las acciones de esta célebre campaña, el sable de un turco me habia hendido la cabeza haciéndome saltar parte del cráneo. Un hábil cirujano me habia hecho una cura milagrosa, poniendo en lugar del hueso fracturado un pedazo de calabaza que sirve como una especie de tapadera. Al sentir en dicha comida subir los vapores del vino hácia el cerebro, no tenia mas que levantar el pedazo de calabaza y aquellos humos se disipaban, como se disipa el vapor de una caldera al levantar la válvula. Por este medio conseguí no achisparme nunca con mis camaradas.

Todo hasta el presente habia caminado viento en popa. Yo habia ascendido hasta el empleo de coronel, tenia mucho dinero ganado en el juego y en buena guerra; las tropas iban ya para cuarteles de invier-

no, donde yo pensaba pasar buenos ratos, cuando una terrible desgracia que me sobrevino echó á rodar todos mis planes. Mandaba yo en aquel entonces un escuadron de caballería ligera, llamado de Lithuania, y ya he referido que las tropas ligeras tenian órden de estar todavía por algun tiempo sobre el enemigo que se retiraba. En un encuentro insignificante que tuvimos con los turcos, hube de caer prisionero y ser conducido como otros hasta las orillas del Bósforo. Perdí mi caballo, mis armas, mi dinero y todo mi equipaje, y á pié sin otra ropa que la que llevaba puesta, atravesé un espacio de mas de ochenta leguas.

Esclavo como el resto de los prisioneros, tuve que ocuparme en las faenas mas rudas y groseras, en los trabajos mas penosos y molestos. Tan pronto me veia limpiando los bosques y jardines del serrallo del gran señor, como guardando los ganados de un bajá de tres colas. Esta vida era insufrible para mí y traté de salir de ella á toda costa. Asociado con otro compañero de infortunio, intentamos construir un globo aereostático, consiguiéndolo solo á costa de mil dificultades y trabajos. Pensábamos que con él podriamos aportar á tierras mas lejanas, y desde allí regresar cada uno á nuestra patria, de lo cual tenia yo muchísimas ganas. Proveimos nuestro globo de algunos comestibles aunque escasamente, y de un poco de agua, nos lanzamos impávidos al espacio, hinchado el globo con humo de paja y otras yerbas. El globo subia con una velocidad estraordinaria, y pronto comenzamos á perder de vista la tierra.



Los hombres empezaron á verse como mosquitos, las montañas como puños, y las aguas de los mares como gotas de agua. Un viento frio y glacial helaba nuestros miembros, y en vez de que el viento nos arrastrase hácia cualquier parte, era tan sutil que en nada impedia nuestra subida. Era de noche ya, y al salir la luna la divisamos tan grande, tan grande, que veiamos sin el menor obstáculo sus montañas y sus lagos; no habia duda de que íbamos á parar á aquel satélite. En efecto, á cosa de media noche poco mas, nuestro globo dejó de ascender, y dando una vuelta entera como la de un volatin en la cuerda, sentimos que nuestro globo tocaba sobre una sustancia dura como la tierra. Conocimos desde luego que estabamos en otro mundo. En la luna nada menos. Admirados quedamos de aquella circunstancia tan estraordinaria; pero tuvimos que hacer de tripas corazon, y dejar correr las cosas como estaban. Tan pronto como descendimos de nuestro globo, tuvimos lugar de ver que el cuerpo de la

luna era muy semejante al de nuestra tierra. Sus montañas, empero, observamos ser mas altas que las nuestras, notándose de trecho en trecho abismos de cuatro ó cinco leguas de profundidad, y quince á veinte de diámetro. Tambien en sus montes se veian muchos volcanes en accion, que le daban un aspecto muy pintoresco.

Dejaré, señores, para otro rato la continuacion de lo que nos pasó durante nuestra estancia en la luna, porque vamos á entrar en Ecija dentro de muy corto rato.

Parada de Ecija á Carmona.

El conde, tan luego como partió el coche, siguió así: Despues que nos apeamos de nuestro globo, empezamos á seguir la pendiente de algunas colinas que estaban cercanas de nosotros con objeto de encontrar algun ser viviente que nos diese alguna luz y que consolase nuestros estómagos aquejados por el hambre, pues con la voltereta que diera nuestro globo, perdimos todo lo que de repuesto llevábamos. Divagamos por espacio de muchas horas sin encontrar á nadie. Es verdad que era aun de noche, pero pensábamos á lo menos ver alguna luz que nos indicase ruta ó camino. Nada de eso; todas nuestras pesquisas fueron inútiles. Al cabo de algun tiempo una claridad brillante y esplendorosa matizaba los montes y bosques cercanos. Mil pájaros de esquisitos y variados plumajes hacian sentir sus trinos y gorgeos entre los árboles. Nos levantamos de un sitio en que cansados de andar nos habíamos sentado, á poco descubrimos unos robustos árboles parecidos á nuestras higueras, que daban unos frutos tan grandes como calabazas. Cogimos uno de dichos frutos, y al probarlo nos supo tan bien que cogimos otro, y despues otro, sin que nos viésemos hartos. La carne de aquella fruta era muy acuosa al mismo tiempo que dulce, y de un sabor esquisito, cual nunca hubiésemos probado otro. Aquello nos refrigeró en estremo, y al instante nos pusimos en marcha por aquellos valles, á fin de ver si encontrábamos habitantes.

Al revolver un recodo de una montaña fuimos admirablemente sorprendidos por la risueña perspectiva que se ofreció á nuestros ojos. Una herm sa y vasta ciudad se destacaba en el fondo del horizonte; sus cercanías estaban pobladas de bellas casas de campo: rebaños esparcidos por do quiera, ya de ovejas, ya de cabras ó bueyes, pastaban en las llanuras.

Algunas tropas de aldeanos se veian asimismo á lo lejos ir cargados hácia la ciudad, sin duda á vender comestibles. Su vestido consistia en una sencilla túnica ó bolsa de varios colores, y una especie de casquete griego en la cabeza. Aunque nuestro modo de vestir era muy diferente del suyo, cuando nos vieron no hicieron el menor aspaviento. Nos saludaron cortesmente y con mucha amabilidad, y contestaron á nuestras preguntas sin empacho. Su habla era sonora y elegante, y sus vo-

cablos tan concisos, que sin mucha dificultad se comprenden. Ellos tambien comprendieron al momento nuestra habla sin tener que hacer muchos esfuerzos. Los habitantes de la luna son muy corteses y mientras estuvimos allí nos dispensaron toda suerte de atenciones.

Preguntamos qué ciudad era la que se veia á lo lejos, y nos contestaron que se llamaba la gran ciudad de «Quítame allá esas patas.» Aunque el nombre nos pareció bastante raro, no comprendimos por el pronto su etimologia.

Llegamos, finalmente, á la ciudad anhelada, y tan luego como intentamos entrar por sus puertas, un hombre alto, vestido al uso del pais, que estaba de guardia en ellas, nos dijo: «Quítame allá esas patas!» No le comprendimos al principio, y viendo que insistia, fué preciso nos esplicase el sentido de aquellas palabras. El buen hombre no se hizo de rogar y despues de una sencilla narracion, nos hizo entrar en una tienda donde solo se notaban piernas, muslos, pies, orejas, narices, bocas; en suma, todas las partes y músculos del cuerpo humano. Aquellos músculos eran de carne y hueso como los nuestros, y se ajustaban perfectamente cuando se habia encontrado el que convenia á cada uno, lo mismo que el que se prueba un sombrero, un pantalon, ú otra prenda de ropa. Nos fué preciso buscar unas piernas que ajustasen á nuestros muslos, pues nadie podia entrar en la ciudad sin mudar de patas.



Ya estamos en Carmona, señores mios, y en la última parada concluiré mis romancescas aventuras.

Parada de Carmona á Sevilla.

Es costumbre en la luna mudar á menudo las partes y músculos

del cuerpo, segun el uso de varias ciudades de aquel suelo. Cuando habiamos llegado á la ciudad de *Quítame allá esas pajas*, y luego en las de *Quítame los brazos, la cabeza, los ojos, etc.*, donde hay que practicar las operaciones que sus nombres indican. Semejante costumbre no la encontré sino hasta cierto punto provechosa, sin que jamás pudiese llegar á comprender cómo se habia arraigado un uso tan raro.

Yo convengo, señores, en que seria muy útil poderse aligerar cuando se quisiese de algunos de nuestros músculos, para recobrarlos cuando nos hiciesen falta. De los brazos, por ejemplo, cuando estamos en la cama que suelen á menudo servir de estorbo para dormir con descanso. De las piernas en el caso presente, que vamos metidos en este coche con tan poca holgura, pudiéndolas colgar en esas correas como tenemos colgados los bastones y paraguas; de la cabeza de vez en cuando, ó en llegando á encanecer y perder el sentido; en fin, de aquello que nos tuviese cuenta.

Cerca de un año permanecimos mi amigo y yo en la luna, siempre obsequiados, siempre atendidos. Nunca he pasado ratos mas felices que aquellos, y hubiera permanecido allí toda mi vida, si la suerte no lo hubiese dispuesto de otro modo.

Un terrible cataclismo que amenazó tragar á aquel globo y que produjo espantosos terremotos y fuertes huracanes, nos despidió á mí y á mi compañero como á dos pelotas. Por muchas horas vagamos en el éter como pájaros perdidos, y por fin, fuimos lanzados á nuestra tierra sin recibir daño ni lesion alguna.

Yo me encontré en mi cuarto y en mi cama muy descansado, sin que todo lo que acababa de sucederme, ó me habia sucedido en el trascurso de cuatro ó cinco años, me pareciese otra cosa que un sueño. A mi amigo no le ví, y sin duda fue trasladado á otra parte.

Mi padre habia muerto en esta época, y tambien mi hermano mayor; y yo quedaba heredero de cuantiosos bienes.

Pero, señores, desde aquí descubro la giralda, y en llegando á su vista se me cierra el pico y me es imposible hablar mas de cosas tan estraordinarias.

Admirados quedaron los presentes, y satisfechos de la historia del CONDE DE LAS MARAVILLAS.

FIN.